

LA VIOLENCIA NO FUE UNA DEFORMACION MENTAL DE LA IZQUIERDA

Moisés Mõleiro

Yo ante todo por supuesto quiero felicitar al Rector de la ULA y quienes con él han tenido la idea de hacer estas jornadas que me parece que, de alguna manera, en alguna parte de Venezuela habría que hacer un balance de lo ocurrido en estos 23 años, balance que por lo visto no despierta la curiosidad de los sectores oficiales ni de otros sectores, que no han acometido el intento de hacerlo.

Se habla de lo que nos toca desarrollar a nosotros: es el problema de la violencia en Venezuela. El título remite claramente al período que se conoció como el período de la violencia, es decir a la década del 60. En verdad la década del 60 fue una década violenta, pero estaba antecedida de una violencia permanente inscrita en la raíz de la Historia Venezolana y fue incluso continuada por el uso cotidiano de la violencia que todavía tenemos en Venezuela.

Siempre fuimos una sociedad violenta y Venezuela se instituye como hecho, como ente cultural, sobre la base del despojo de los indígenas y de imponerles formas de trabajo agobiadoras y exterminarlos, mediante un prolongado genocidio que duró cerca de 70

años. El país sale del orden colonial adelantando una de las guerras más violentas de la historia de la especie humana, que fué la guerra de Independencia de Venezuela, donde según cálculos conservadores de estudiosos como Acosta Saignes, la cuarta parte de la población desapareció y todas las ciudades importantes del país quedaron arrasadas. Se consolida en el poder una oligarquía que no había participado decisivamente en la guerra, mediante la complicidad con algunos de los generales independentistas, en un proceso de violencia diario que sirvió para despojar a los soldados de un hipotético derecho a la tierra concebido por Simón Bolívar, y que es el origen de los grandes terratenientes que pesan tanto en el Siglo XIX venezolano.

La consolidación de esa oligarquía y de una burguesía que exportaba, origina choques violentos entre ellas dos y el pueblo y hay una larga serie de guerras civiles, que expresan angustiosamente un desajuste que a lo largo de todo ese siglo no halla solución. El hambre de tierra del campesino venezolano, el hambre de justicia que se expresa de modo

particularmente vigoroso en la Guerra Federal, no encuentra solución en ninguna de las guerras civiles porque los sectores dominantes, los herederos de los que salieron ganando con la Independencia, han patentado el curioso método de gobernar a la sombra del caudillo que triunfe, de birlarle el poder a quienes condujeron a ese caudillo al poder, y a seguir disfrutando de sus privilegios mediante una especie de mezcla familiar, que no sé por qué razón los venezolanos hemos dado en llamar igualitarismo, la cual significa que el hijo del oligarca de ayer se casa con la hija del sargento que tomó el poder. Esa violencia que recorre el Siglo XIX aterriza en el régimen omnímodo, incurablemente violento, bestial y mudo de Juan Vicente Gómez que por agarrar un país agotado que no podía responderle, ejerció una especie de violencia sádica y prolongada, durante 28 años contra todos los venezolanos. Yo recuerdo que alguien decía una vez, que el régimen de Gómez era una especie de régimen de represión radial, donde mientras más lejos se estuviera del centro más peligro tenía uno de ser reprimido; era el régimen más perfecto para acallar a una población y para obligarla a obedecer por medio del terror. Seguimos incluso hasta el ambiguo 18 de Octubre de 1945, que puede ser juzgado de distintas maneras y desde distintos ángulos, pero respecto al cual no cabe duda que significó que en Venezuela la política dejó de ser asunto de generales y doctores y de algún modo el pueblo participó en las decisiones, y que fue un hecho violento. Y el 18 de Octubre

terminó, por obra y gracia de los desaciertos de quienes condujeron al proceso, colocando al país en manos de una especie de mezcla de Tartufo con Sancho Panza, que fue Pérez Jiménez, el cual ejerció la violencia durante más de 10 años contra todos los venezolanos.

Pero la violencia no sólo precede el período que vamos a analizar, sino que lo continúa. Nosotros vivimos en medio de una violencia cotidiana, no sólo digamos en las expresiones más aberrantes de la misma, los crímenes horrendos, la difusión de la droga, etc. Nosotros vivimos en una sociedad que produce, propaga y reproduce la violencia, en un orden instituido primero sobre la base de la violencia del hombre contra la naturaleza, sobre la violencia del hombre contra sí mismo; viviendo unos pocos, en medio de ostentosos privilegios, del trabajo de los más. Ejemplos sobran: es violencia que un venezolano que intente ver televisión no pueda escaparse de la afirmación imbécil según la cual si usa un agua de colonia determinada tendrá que quitarse las mujeres a sombrerozcos, y eso le aparece en todos los canales, no puede escapar de eso; o no puede tampoco escapar del idiota que aparece diciendo que él es un artesano de Villa de Cura y está contentísimo con este gobierno porque se está divirtiendo mucho; no hay manera de escaparse de ese hecho y eso es ejercer una violencia, eso es reventar la intimidad de la gente y obligarla; con un mensaje unilateral, a concordar con determinadas técnicas de ventas y de manipulación. Es

violencia el hecho de que para ir al trabajo, los obreros venezolanos, al menos los que habitan las cercanías de la ciudad de Caracas, tiene que levantarse más o menos a las 4 de la mañana y después que terminen de trabajar (si no llueve y si tienen suerte) podrán emprender el retorno a su casa a las 10 de la noche. Un hombre que a 8 ó 9 horas de trabajo agregue 5 para ir y venir, no le queda otro remedio que llegar a su casa y tirarse en una silla a ver la televisión que le volverá a explicar que los hombres de éxito compran determinado tipo de automóvil, para hacerle una nueva violencia, o que los hombres singulares y distintos a los demás usan determinada prenda de vestir, lo cual es volverle a hacer una violencia.

Es violencia lo que ocurre en Venezuela con el derecho de huelga. A mí me llama la atención cómo en determinados medios de comunicación se inquiera y se reclama el derecho de huelga de los obreros polacos. Yo por supuesto estoy totalmente de acuerdo en que los obreros polacos tengan mucho derecho de huelga y con que luchen por ello, y soy solidario de esa lucha, pero sería interesante que alguien se preocupara del derecho de huelga del obrero venezolano, abolido en la práctica hace más de veinte años; es decir, desde que se descubrió un mecanismo mediante el cual todas las huelgas son declaradas ilegales, los obreros venezolanos que según la Constitución Nacional tienen derecho de huelga, de hecho no

lo tienen. Y es violencia, por último, lo que pasa con la policía. Venezuela es el único país que le produce a uno una especie de confusión el enunciar. Uno no logra saber si en Venezuela los criminales, porque de alguna manera es complicadísimo determinar, si casos como el del Ledezma, casos como el del Sindicato del Crimen, implican que es que la criminalidad invadió la policía o es que la policía invadió la criminalidad. Y eso es violencia, porque el ciudadano venezolano normal carece por completo de seguridad y no sabe si temblar más ante el atracador que le puede salir delante en cualquier esquina o ante el policía que presuntamente debería protegerlo.

En relación al período que vemos, yo quiero recordar un hecho. En 1959, el 4 de Septiembre creo, hubo una manifestación donde unos señores que habían sido privados de su empleo mediante la supresión de aquello que llamaban el Plan de Emergencia y que los mantenía pseudoempleados, reclamaron del Gobierno Constitucional (recién se inauguraba) que les abrieran fuentes de trabajo. Eso fue una manifestación que no tenía más de mil personas; a más de ello, la Democracia comenzaba y todavía la gente le creía mucho a los líderes democráticos y era muy fácil enviar a cualquier funcionario a pararse delante de la manifestación y a explicarle a esos señores que el gobierno estudiaría de alguna manera la situación. Es decir, era muy fácil darle una respuesta política a

ese problema; y sin son ni ton en un país que vivía en bastante paz, (el gobierno recogía más del 90% del electorado y el único partido que se oponía a las ejecutorias del gobierno era el Partido comunista y lo hacía de un modo bastante cauteloso y respetuoso). Sin son ni ton, repito, la policía ametralló a los manifestantes y a los desempleados y se despolvió, por primera vez por cierto, una curiosa Ley de períodos anteriores a la Democracia, para conducirlos a El Dorado. El análisis de este hecho es muy simple, al caer la dictadura de Pérez Jiménez, en Venezuela hay un año en el cual la presencia del pueblo en la calle produce cambios, cambios en uno u otro sentido. Hay manifestaciones importantes, hay maneras de hacer sentir directamente que el pueblo tiene derecho y tiene reclamos que hacer. Cuando comienza el régimen constitucional de Betancourt, después que él gana las elecciones, una de las primeras preocupaciones es demostrarle a una burguesía que estaba preocupada y asustada por lo que podía ocurrir, que había sido además largamente cómplice del Perejimenismo hasta los últimos días de vida del mismo, demostrarle que se había acabado el período en el cual el pueblo en la calle podía exigir y demandar. El tenía que demostrar que empezaba el orden, y que el proceso iniciado con el Pacto en Nueva York que consistió en resquebrajar aquello que se llamó la unidad nacional y en acorrallar a los militares con ideas patrióticas, culminaría con un régimen igual a cualquiera otro donde él,

mediante la policía, garantizaría la Ley, el orden; los venezolanos además de que tenemos mala memoria, nos ocurre que no somos bien informados, y creen muchos de verdad ingenuamente que en Venezuela la violencia empezó por una especie de deformación mental de la izquierda la cual la llevó a copiar la revolución cubana. Independientemente de que en el curso del ejercicio de la violencia la izquierda cometió muchos errores, es bueno que se sepa que la violencia empezó mucho antes, la violencia, (me refiero a la violencia de este período, la violencia que estamos estudiando aquí) la violencia la inició el gobierno. En Venezuela hubo centenares de muertos antes de que hombre alguno de izquierda se le ocurriera empuñar las armas. En Venezuela había unas bandas armadas, que respondían al pintoresco nombre de Sotopol, vinculadas a un dirigente sindical de Acción Democrática, que asaltaban los sindicatos donde Acción Democrática perdía, particularmente los sindicatos petroleros. En Venezuela esas bandas armadas disparaban sobre la Universidad Central mucho antes de que la izquierda decidiera la línea de la lucha armada. Cuando nace el MIR, que es el proceso que coincide con el repunte de la violencia y con todo el dramático conjunto de sucesos de ese período, el MIR es objeto de una sistemática y regular persecución que poco a poco va ampliando los límites policiales del gobierno, que poco a poco va reduciendo los derechos de los que se oponen al gobierno, y que instituye una especie de régimen de violencia

permanente. Claro, yo no voy a acusar al gobierno de que sólo hacía violencia, al mismo tiempo comenzó este orden y se hicieron grandes promesas. Se le dijo a los venezolanos que la injusticia secular del campo y la escasa productividad del mismo serían remediadas a través de una Reforma Agraria coherentemente llevada; se le dijo que advendría la segunda independencia nacional a través de un proceso de sustitución de importaciones que lograría industrializar el país; se le dijo que quedaban atrás las épocas de tortura, persecución y muerte, que Venezuela iba a gozar de libertades públicas y se le dijo, cosa que hasta un poco de vergüenza da recordarlo, que en Venezuela más nunca habría corrupción administrativa porque eso eran males vinculados a las dictaduras.

En el curso del desarrollo de esos años, mientras las izquierdas son derrotadas porque cometen graves errores en la conducción de su violencia de respuesta, se expandió la posibilidad de que el país, respondiendo a las expectativas de quienes habían hecho las promesas, recibiera sus beneficios. Yo considero, y eso creo que es importante señalarlo aquí que no es malo que la izquierda haya respondido a la violencia que se le hacía con violencia, es más, yo declaro solemnemente que a mí no me da ninguna pena ni ninguna vergüenza haber sido guerrillero y haberme opuesto a esos gobiernos, yo considero que la izquierda cometió graves errores en la conducción de esa violencia; primero, porque no estaba teórica ni políticamente preparada para intentar capturar el poder y eso la tomó

de sorpresa, ya que había sido educada en un bodrio stalinista que se llamaba la Teoría de las Etapas, y en segundo lugar, porque no analizó en lo concreto el país al cual pretendía llevarle un mensaje, y subestimó y recordó las duras aristas de la realidad de este país para convertirlo en un ente imaginario y maleable donde su sola acción iba a originar cambio. Pero a quienes le debía dar mucha pena, es a quienes prometieron una Reforma Agraria y no la hicieron, a quienes dijeron que en el país no habría más nunca corrupción administrativa y no pudieron impedir el desarrollo del ascenso vertiginoso de esa corrupción que ha originado que no haya manera de robar al erario, de birlar, de escamotear y de pillar, que no se haya hecho en Venezuela. Ha originado una especie de cúpula cómplice entre algunos importantes dirigentes políticos e importantes empresarios, que desde la raíz, desde las contribuciones a las campañas electorales, mantienen y retroalimentan un sistema de corrupción casi omnipotente. Por supuesto, si la izquierda fue derrotada, si la violencia de la izquierda fue mal conducida y no pudo derrotar a quienes la habían perseguido, la habían acorralado y la habían cercado, habría que pensar en qué uso se hizo de la victoria. Aquí hay que recordar a Eurípides cuando uno de sus personajes le dice a un general victorioso "que uso tan triste hiciste tú de tu victoria"; es decir, a expensas de un sector tan importante de la población se instituyó un orden, el orden democrático, que independientemente de consagrar ciertos derechos (y

en uso de ellos es que uno puede hablar aquí) no es precisamente un orden como para revolcarse en el suelo de la alegría, sino que de alguna manera es un orden al cual se le observa una crisis cada vez más grave y cada vez con menos remedio.

Los intentos de reformular el orden han sido varios y han sido adelantados por gentes que no han sido precisamente incapaces, Caldera, tras el Gobierno de Leoni, el Presidente Caldera intentó seriamente hacer más racional el capitalismo dependiente, reducir su irracionalidad, y no pudo. Tras el Presidente Caldera, el amigo Carlos Andrés Pérez que se encontró con el inesperado regalo de manejar miles de millones de bolívares con el aumento de los precios de petróleo, trató de hacer una estrategia para reformular el orden y reducir su irracionalidad y no pudo. El actual Presidente de la República que se dió cuenta que la política económica de Carlos Andrés, según ellos, era de tendencia al gigantismo, trató mediante una nueva política económica que habría que calificar de tendencia al enanismo, de reformular el orden y no pudo. Eso quiere decir que hay algo en el orden que impide reformularlo. Después de 23 años, voces lúcidas, voces que no son precisamente de la izquierda, observan en el país una crisis muy grave: hay una crisis económica, hay una crisis política, hay el peligro de una crisis fiscal de proporciones

alarmantes hay incluso una crisis moral, el venezolano de hoy no vive bien ni está contento de ser venezolano como lo estuvo en épocas anteriores, hay una especie de falta de fe y de ánimo, no hay grandes consignas ni promesas que movilicen a la población y la gente se deja vivir y se deja llevar sin encontrar salida; hay incluso, por obra y gracia del orden, un curioso uso del lenguaje que era el último al que había que hacerle violencia y nuestros gobiernos ya se la han hecho. En Caracas por ejemplo, las principales avenidas del tránsito terrestre, siguen congestionándose igual, exactamente igual que antes, pero ahora no se llaman avenidas sin corredores viales, como si de alguna manera ese uso mágico del lenguaje sirviera para solucionar problemas. Y las viviendas. No se construyen y hay un déficit cada vez creciente; pero se llaman soluciones habitacionales. Ese modo -e hacerle violencia a lo que se había salvado hasta ahora, que era el lenguaje, implica una situación grave y la única fórmula que se nos ha ofrecido, es eso que se ha llamado la concertación. A mí me parece dramático el discurso del Dr. Velázquez, pero me parece que, como de una manera indirecta, sugiere la concertación, como la han sugerido otros dirigentes políticos. Habría que pensar entonces que estuvimos 22 años perdiendo el tiempo. La concertación es exactamente lo

que hizo en 1959 y lo que condujo al país en el sitio donde está. El Acuerdo

AD-Copei-Fedecámaras-Cúpula de la CTV, originó las cosas que hoy estamos padeciendo, creer que el país tiene como salida una nueva concertación, se parece a esos juegos de pelota sabaneros que uno hacía cuando muchacho que cuando estaban muy dispares, se paraban, se cambiaba la partida y comenzaba otra vez.

Significaría que vivimos en una Venezuela circular y que los 22 años han pasado en vano, que no hay ningún sentido en plantear nada, que todo esto era jugando y de nuevo volvemos a empezar a ver si hacemos algo.

La crisis del país tiene varias salidas posibles, ninguna de las cuales pasa por la perpetuación de este orden, ninguna. Me refiero al orden económico y social. Por supuesto que aquí todos creemos, queremos y deseamos que en Venezuela haya Democracia. En primer lugar, puede haber un despertar amargo, cosa que nadie está deseando y puede haberlo, y en segundo lugar, la única salida para tener un país que no sea nido de demagogos poposos, de

señores satisfechos de sí mismos, de lenguaje adulterado, de crecimiento de los problemas sociales, de indefensión del venezolano de agresión a la naturaleza, la única salida es cambiar el orden. Lo que impidió que las reformulaciones sucesivas originaran mayor felicidad y bienestar para la vida diaria de cada venezolano, es precisamente las estructuras de ese orden. Sólo el socialismo y el cambio de este orden irracional, consagrador del privilegio, que hace que el 5% de los venezolanos vivan aprovechando para sí más del 70% -el ingreso nacional, sólo el cambio de este orden es el que puede garantizar lo que en el fondo anhelamos. No hay más experimentos que hacer y la prueba de que no hay más experimentos que hacer es que lo que se nos propone como algo nuevo es una especie de cierre del círculo en que estábamos y volver a comenzar a padecer. La única posibilidad es cambiar las estructuras actuales, eliminar los privilegios y hacer una Venezuela distinta, diferente, opuesta y contrapuesta a la que estamos padeciendo con tristeza hoy en día.